4761

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA FLOR TRASPLANTADA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el ha tajo

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el P
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (
La calle de la Montera.
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreñ
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlar
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA FLOR TRASPLANTADA.

LA MAISON DU CENTRE
DE LA BIBLIOTHÈQUE NATIONALE

LA FLOR TRASPLANTADA,

DRAMA EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

D. P. MORENO GIL.

Representado por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 30 de Enero de 1863.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laflortrasplanta3671more

Á LUIS DE EGUILAZ.

Al trazar estas líneas no es mi ánimo dedicar esta mi primera obra dramática al autor de LAS QUERELLAS DEL REY SABIO, de LA CRUZ DEL MATRIMONIO, y de otras muchas obras originales, que tanto han enriquecido nuestro teatro nacional.

Seria dar demasiada importancia á una obra que carece del valor literario que merece el autor de VERDADES AMARGAS: me dirijo, por lo tanto, al amigo querido que, con sus profundos conocimientos en el arte dramático, me ha encaminado por una senda donde al fin encuentra siempre el premio la constancia y el trabajo.

Nadie mejor que tú, confidente íntimo de mis desgracias, que tantas veces has mitigado con tus apreciables consejos; nadie mejor que tú, que al dar consuelo á mi alma me has alentado en los primeros pasos de tan espinosa carrera; nadie mejor que tú, en fin, puede comprender lo que vale para mí el primer aplauso que ha resonado en mi oido: recíbele, pues, como fiel testimonio de mi cariño: yo te le dedico como el mas precioso don que ha llenado de júbilo mi alma, que ha despertado mi enferma imaginacion del profundo sueño en que dormia aletargada, que me ha abierto las puertas de un porvenir menos sombrio.

No examines, repito, el mérito literario de estas páginas: olvídalas por un momento y estoy seguro que asi no podrás menos de acoger con verdadero cariño la oferta que te hace tu verdadero amigo

MORENO GIL.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Habiendo examinzdo esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 5 de Febrero de 1862.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

PERSONAJES.	ACTORES.
BLANCA.....	Doña Cármen Berrobianco.
CAROLINA.....	Doña Emilia Sanz.
DOÑA JULIANA, ama de llaves.....	Doña Felipa Orgaz.
CONSUELO, niña de 6 años.....	Doña Matilde Franco.
FERNANDO.....	D. Julian Romea.
D. ANTONIO.....	D. Francisco Oltra.
ALFREDO.....	D. Jorge Pardiñas.
PEDRO.....	D. Emilio Mario.

El primer acto en Madrid, 1856; el segundo y tercero en Cádiz, 1862.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado en casa de D. Antonio: puerta al foro y laterales: balcon en segundo término izquierda: chimenea encendida en primer término derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA concluyendo de arreglar la habitacion. PEDRO, encendiendo la chimenea.

JULIANA. Vamos, despache usted pronto,
señor Pedro, que son cerca
de las doce.
PEDRO. Ya concluyo.
JULIANA. Eche usted bastante leña,
que se temple el gabinete:
la señorita está enferma
y hoy hace un frio que corta!
PEDRO. Ajá!... ya está todo en regla,
(Dirigiéndose á Doña Juliana.)
¿Sabe usted, doña Juliana,
y no abandono mi tema,
que no me gusta ni pizca
la señorita? antes era
tan loquilla... con un genio
tan alegre, tan resuelta
para todo y hoy!... no hace

671599

mas que llorar: no desea
mas que estar sola; ni bailes
ni tertulias, ni...

JULIANA. ¡Eh! quién piensa
en esas tontunas!

PEDRO. Ya!
usted y yo!... Bueno fuera
que á nuestra edad...

JULIANA. ¿Pero en qué
funda usted esa sospecha?

PEDRO. Dígame usted: ¿es extraño
que en un corazon de cera
se grabe antes una imágen
que en un corazon de piedra?

JULIANA. ¿Qué dice usted?

PEDRO. ¡Yo me explico
aunque sea á mi manera!
si usted quiere comprenderme...
¡No vé usted que la experiencia
de los años es anteojo
de larga vista! ¿Recuerda
usted nuestra juventud?
¿No nos haciamos muecas
los dos sin querer?

JULIANA. (Ruborizándose) ¡Qué cosas
tiene usted!

PEDRO. Es que eso prueba
que la juventud no puede
vivir sin amor...

JULIANA. ¡Qué tema!
no vé usted mas que visiones!
Como don Fernando y ella
se han criado siempre juntos,
y ya en edad no muy tierna
se separaron, ¿qué extraño
tiene que influyese en ella
su llegada, hace ya dias?

PEDRO. ¡Es muy natural!

JULIANA. ¿Recuerda
usted cuando se marchó
de nuestro lado? ¡qué pena
tan grande en toda la casa!

como jóven ya, era fuerza
buscarse por sí la vida
y hacerse hombre!

PEDRO. Cosa séria
para un jóven que vivia,
aunque como un hijo, á expensas
de la amistad del señor.
Su padre murió en la guerra
civil y, huérfano, el amo
se encargó de su carrera
y educacion; pero él,
aunque niño aun, con presteza
conoció que no debia
ser de ninguna manera
mas tiempo gravoso al amo.

JULIANA. ¡Bien pensado!

PEDRO. Si; pero ella...
la señorita, despues...

JULIANA. ¿Vuelve usted al mismo tema?

PEDRO. ¿Qué quiere usted! esta córte
con tantas y tantas fiestas
y tanto atractivo! en fin...
yo me entiendo.

JULIANA. En dando suelta
á la sin hueso, es usted
como una devanadera.

ESCENA II.

DICHOS, D. ANTONIO por la derecha.

ANT. ¿Salió de su gabinete
la señorita?

JULIANA. La reja
del jardin está entornada
todavia. (Breve pausa.)

ANT. (Paseándose.) Pedro, cierra
aquel balcon.
(Á Doña Juliana.) Vaya usted
á ver si está ya despierta.

PEDRO. (Cerrando el balcon.)
(Qué costumbres tan sociales!

pedir un padre licencia
para ver á su hija! hay cosas
tan extrañas, que á no verlas...)

JULIANA. (Desde la puerta, dirigiéndose luego al foro.)
Aquí viene; señor Pedro...

PEDRO. (Ya comprendo la indirecta.)
(Salen por el foro.)

ESCENA III.

D. ANTONIO y BLANCA, por la izquierda.

ANT. (Recibiendo á Blanca con paternal cariño.)
¿Cómo es eso?... levantada
ya!... harás que al fin te riña.
(Se dirigen hácia el confidente.)

BLANCA. ¿Por qué?

ANT. Porque eres muy niña:
estando tan delicada...

BLANCA. Pero si ya...

ANT. Sin embargo
no te debes levantar
tan temprano: madrugar
en este tiempo es un cargo
de conciencia.
(Arreglando la chimenea.)
Friolera
si está la mañana cruda;
lo que es si el tiempo no muda,
este año la primavera...

BLANCA. Cierto; mucho se retrasa.

ANT. (Dejando de arreglar la chimenea.)
Ya sabes que hoy el marqués
nos espera.

BLANCA. (Con disgusto.) ¡No!

ANT. ¡Eso es!

BLANCA. ¡Me encuentro mejor en casa!

ANT. ¿Pero por qué?

BLANCA. Porque...

ANT. Advierto
que hace ya tiempo, en verdad,
se fuerza tu voluntad

hablándote de un concierto,
de... en fin, de esas distracciones
propias de la juventud.

BLANCA. Cuando falta la salud
disgustan las diversiones.

ANT. ¡Tu salud! ya... si te empeñas
en ello!

BLANCA. ¡Yo!

ANT. Tú; si tal.
(Con cariño.) De qué proviene tu mal?
¿Qué tienes? por qué desdeñas
los encantos de una vida
de placeres rodeada?
¿Qué anhelas?

BLANCA. Yo... Nada.

ANT. ¡Nada!
Entonces, hija querida,
por qué esa tristeza?

BLANCA. ¡Yo!

ANT. (Con afecto paternal.)
Sí, tú: ¿crees engañarme?
no ignoro...

BLANCA. ¡Padre!

ANT. Ocultarme
piensas... ¡soy ya viejo!

BLANCA. (¡Oh!)

ANT. (Cogiéndola cariñosamente la mano.)
Sé que Fernando te adora
y es tu temor infundado:
¿crees tal vez que he olvidado
el cariño que atesora
tu corazon? no, hija mia;
tu pensamiento refrena,
que pronto quizá tu pena
se trocará en alegria.

BLANCA. ¡Oh, no! esta vida no encierra
ya atractivos para mí:
era mas feliz allí,
aquí la dicha me aterra.

ANT. Muy en breve tu opinion
variará; la sociedad
no conoces...

BLANCA. Es verdad:
por esa misma razon.
Feliz la desconocia
cuando en la córte há dos años,
entré á pisar desengaños
con el recuerdo de un dia.
Loca la imaginacion
con mi razon batallaba
y en vano, en vano luchaba
con mi ciega exaltacion.
Soñó el alma, adormecida
en su arcano, misteriosa
una sociedad hermosa,
nuevo aliento de su vida.
Y do quiera que miraba
sus atractivos veia,
su halago me sonreia,
su mirada me embriagaba. (Breve pausa.)
En mis infantiles años
mi existencía fue tu amor.
y nunca aprendí el dolor
que encierran los desengaños.
Criada en Castrojeriz
en nuestra bella alqueria,
no pensé nunca que un dia
me haria el mundo infeliz.
Siempre de goces cercada,
sin pesares ni dolores,
eran mi encanto las flores,
mi alegria la enramada;
y aqui el mundo me condena
á llorar un bien perdido,
porque al fin he conocido
que al placer sigue la pena.

ANT. Eso es, Blanca, una niñada
propia solo de tu edad!
¿qué hay en esta sociedad
que te desagrade? nada!
(Movimiento de Blanca.)
nada, sí; porque... no admito
excusas: tú con rigor
lo juzgas todo.

ESCENA IV.

DICHOS, PEDRO por el foro.

PEDRO. (Entrando.) Señor.
ANT. ¿Qué quieres?
PEDRO. El señorito
don Fernando.
BLANCA. (Levantándose.) ¡Oh!
ANT. (Id.) Tu alegria
refrena por un momento.
(Hace indicacion á Pedro para que pase.)
BLANCA. Permite que á mi aposento...
ANT. Si; vé á vestirte, hija mia;
mas no tardes mucho.
BLANCA. Bien. (Entra.)
ANT. ¡Alma generosa y pura!
¡Oh! de entrambos la ventura
será mi apoyo y sosten!

ESCENA V.

D. ANTONIO, FERNANDO por el foro.

FERN. (Entrando.) General!
(Le estrecha afectuosamente la mano.)
¡Con qué pagar
su cariño!...
ANT. Pues contento
me tienes.
FERN. ¡Yo!
ANT. ¡Ni un momento
contigo he podido hablar
desde tu llegada!
FERN. ¿Y yo,
cree usted que no lo ansío
tambien?
ANT. Pues hoy eres mio
por todo el dia.
FERN. ¿Hoy?
ANT. No, no;

tu excusa no admitiré;
con que... (Breve pausa.)

FERN. ¿Y Blanca?

ANT. Ahora saldrá.
(Se sientan en el confidente.)
¿Te habrá extrañado quizá
vernos por aqui?

FERN. ¿Por qué?
Su edad y la posicion
de usted lo habrán exigido.

ANT. Cierto; por eso he creido
buena mi resolucion.
En mi retiro olvidado
nada para mí queria
realmente, mas la hija mia,
mirando en ella un dechado
de virtudes, un tesoro
de hermosura, quise ver
esa estrella aparecer
en otro cielo. Hoy deploro
mi empeño tenaz.

FERN. ¿Por qué?

ANT. Porque la dicha no existe
para ella aqui.

FERN. (Con satisfaccion.) ¿No? ¿tan triste
le pareció?...

ANT. Te diré.
Cuando á la córte llegó,
de curiosidad movida,
gozar ansiaba esa vida
que mi anhelo la pintó
con tan risueños colores,
y fiel siempre á mi cariño,
en ella entró como un niño,
sin pesares ni dolores.
Era una flor tierna, pura,
que en el campo oscurecida
iba pasando la vida
agostando su hermosura.
Mas yo, á su cariño fiel,
loco con su inmenso amor,
trasplantar tan bella flor

quise á un ameno verjel.

FERN. ¡Es natural!

ANT. (Con entusiasmo.) Si, Fernando:
brilló ese astro refulgente
como aparece en Oriente
la luz del sol; pero andando
el tiempo, con triste paso,
aunque su luz deslumbraba,
yo advertí que caminaba
lentamente hácia su ocaso.
(Con marcada intencion.)
Tal vez un recuerdo hermoso
en su pecho alimentando
desde su infancia...

FERN. ¡Oh!

ANT. Fernando,
¡qué tiempo aquel tan dichoso!

FERN. Si, muy dichoso: ¡es verdad!
Allí el cariño era el guia
de nuestra paz y alegria;
mas ¿qué quiere usted? la edad,
segun ha indicado usté,
nuevos placeres reclama.

ANT. ¡Tarde olvida quien bien ama!

FERN. Esa idea alimenté
cuando con gran sentimiento
me separé de su lado:
hoy que la dicha he encontrado
diré á usted mi pensamiento.
(Breve pausa.)
Huérfano en mi edad temprana
y en la pobreza sumido,
hallé todo el bien perdido,
hallé un padre y una hermana.
Mas un dia en mi conciencia
fijó el alma su mirada,
¿qué soy? me pregunté: ¡nada!
y mi frente la vergüenza
dobló; mas el corazon
me prestó al fin su ardimiento,
y con generoso aliento
soñé una noble ambicion.

Soñé que tal vez un dia,
pagando fiel un tributo,
de mis trabajos el fruto
con placer recogeria.
La voz de mi corazon,
que nunca supo mentir,
me marcaba un porvenir,
una hermosa posicion.
Y aunque entre espinas miré
la dicha que yo soñaba,
aqui una voz me alentaba
(Señalando el corazon.)
y no en vano la escuché.
Que hoy de mi tenaz empeño
el premio al fin he cogido,
la posicion que he adquirido
realizó mi hermoso sueño.

ANT. Bien, Fernando.

FERN. Usted mi alma
con sus consejos formó,
usted, general, sembró
y yo recojo la palma.
Y puesto que ya con franca
confianza puedo hablar,
dígame usted si aspirar
podré á la mano de Blanca
algun dia. Usted no ignora
que un negocio de interés
me obligará antes de un mes
á dejarles por ahora
otra vez. Quizá mi ausencia
será larga, y al marchar
quisiera al menos llevar
su concesion.

ANT. (Con alegria.) Tu impaciencia
con placer recordaré
siempre.

FERN. Gracias, general.

ANT. ¿No fué mi amor paternal
desde tu infancia?

FERN. Sí á fé.
Y este recuerdo querido

me dice con dulce halago
qne hoy recibo un doble pago
que jamás he merecido.
(Aparece Blanca en la puerta de su gabinete, vestida con elegante sencillez.)

ANT. Blanca sale.

FERN. (Levantándose.) ¡Oh! (Se dirige hácia ella.)

ANT. ¡No seas loco!

ESCENA VI.

DICHOS, BLANCA.

BLANCA. Adios, Fernando.

FERN. ¿Qué tal?

BLANCA. Hoy no me encuentro tan mal.

ANT. El tiempo ayuda tan poco...

FERN. Tal vez viajando...

ANT. Si;
hace tiempo que he pensado
eso: tengo preparado
un viaje á Cádiz, y allí
pronto restablecerá
su quebrantada salud.

FERN. Es cierto: la juventud
su apoyo le prestará.
(Blanca se sienta en el confidente.)

ESCENA VII.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. (Entrando por el foro con varias cartas.)
Señor.

ANT. ¿Qué es eso?

PEDRO. El correo.

ANT. Entra y déjalo en mi mesa.

FERN. Por mí...

ANT. Si, mucho me pesa
dejarte; pero, en fin, creo
que tengo la suficiente
confianza.

FERN. Me es muy grato...
ANT. ¡Bien: ya ves cómo te trato!
procuraré estar ausente
lo menos que pueda.
FERN. Ruego
á usted que por mí... Seria
(Indicando á Blanca.)
sensible, si compañia
menos amable...
ANT. Hasta luego.
(Entra en su despacho. Fernando le acompaña hasta la puerta: despues se dirige hácia Blanca.)

ESCENA VIII.

BLANCA, FERNANDO.

FERN. (Contemplándola un momento.)
(¡Oh! su angelical belleza
no tiene igual!)
(Se sienta al lado de Blanca.)
Cuánto tiempo
hace qne estaba privado
del placer que estos momentos
me proporcionan!
BLANCA. (Reprimiéndose.) (¡Oh!) Gracias,
Fernando; no sé si debo
mostrarle del mismo modo
mi eterno agradecimiento.
FERN. No es tan fácil olvidar
la amistad que en los primeros
años de nuestra existencia
vá formando el sentimiento
del corazon: en la infancia
no está el interés por medio
y nace puro el cariño.
¡Blanca, qué dichosos tiempos!
BLANCA. (Suspirando.)
Es cierto.
FERN. Apenas el alba
sus rayos de oro y de fuego
tendia sobre la alfombra

del verde campo, cubierto
de flores, niños aun,
unos eran nuestros juegos,
unos eran nuestros goces,
unos nuestros pensamientos.
¡Dichosa edad!

BLANCA. Muy dichosa,
¡Fernando!

FERN. El albor primero
de la vida, siempre encierra
cierto encantador misterio
que embriaga; las caricias
que forman el embeleso
de la niñez, no se olvidan
fácilmente.

BLANCA. Si; son tiempos
que siempre recuerda uno
con placer.

FERN. ¿Siempre?

BLANCA. ¡Yo al menos!...

FERN. No extrañe usted que me halague
esa idea!

BLANCA. (Reprimiéndose.) ¿Por qué? creo
que usted...

FERN. Si, Blanca; á su lado
esos dias trascurrieron
para mí llenos de encanto:
la infancia con lazo estrecho
une el cariño, y despues...
despues... siempre queda al menos
la cariñosa memoria
de esos dias tan risueños.

ESCENA IX.

DICHOS, CAROLINA y ALFREDO, luego PEDRO.

CAROL. (Dentro.)
No, no se incomode usted.

BLANCA. (Levantándose, reprimiendo un grito de sorpresa.)
(¡Oh! Carolina y su hermano!)

CAROL. (Entrando, y dirigiéndose á Blanca.)

¿Cómo estás?

BLANCA. Algo mejor.

(Se besan: Carolina deja el sombrero.)

CAROL. ¿De veras? Adios, Fernando.

(Le tiende afectuosamente la mano. Alfredo saluda á Blanca y despues se sienta junto al velador.)

¡Estás muy pálida!

BLANCA. Un poco.

CAROL. ¿Qué tienes? por qué has llorado?

BLANCA. ¡Yo!... no.

CAROL. ¿Y tu papá?

BLANCA. Bien, gracias.

(Carolina y Blanca se sientan en el confidente.)

CAROL. Hoy reunes nuevos encantos
á tu hermosura.

BLANCA. ¿Por qué?

CAROL. Tu semblante está muy pálido
y ese aire sentimental
hará á tus apasionados
perder el juicio esta noche.
¡Ya verás con qué entusiasmo
te aplauden! ¡Oh, si no fueras
mi mejor amiga, acaso
tendria celos de tí!

BLANCA. ¿Celos tú?

CAROL. ¿Crees que Cárlos
no me dá algunos disgustos?
pues si; si admito de Eduardo
las amorosas protestas
es por vengarme: el ingrato
dice que es Luis, pero yo...

FERN. (Con ironia.) Serán supernumerarios.

CAROL. ¿Empieza usted con sus sátiras?
como son ustedes...

FERN. Malos,
Carolina; muy perversos:
veletas de campanario.

CAROL. Justo; por eso nosotras
les pagamos...

FERN. Al contado.

CAROL. ¡Qué más quisieran ustedes
que inocentes engañarnos

con amantes juramentos,
que al ser amantes son falsos,
para burlarse!
(Dirigiéndose á Blanca.)
¿No es cierto?

FERN. (¡Digna hermana .. de su hermano!)
(Se dirige á Alfredo; este se levanta y pasean juntos.)

CAROL. (Á Blanca.) Conque esta noche vendré
á buscarte muy temprano
para...

BLANCA. Gracias, Carolina;
Papá está muy delicado,
y yo... ya ves cómo estoy:
te cansarias en vano.

CAROL. Permíteme que me asombre.

BLANCA. Lo siento, pero... (Siguen hablando.)

ALF. (Á Fernando.) Hace un año
que mi fortuna se ha ido
con la música á otro lado.

FERN. Eres un loco de atar.

ALF. (Con excepticismo.)
El mundo es asi... y es claro,
fuerza es rendirle homenage:
yo... ni critico ni aplaudo.

FERN. Conque en vez de corregir
los errores que...

ALF. Fernando,
agradezco tus sermones,
pero te advierto que en vano
predicas: la sociedad
preciso es irla tragando
tal como es, y te aseguro...

FERN. ¿Que no eres tú el encargado
de reformarla, eh?

ALF. Cabal.
¡Estamos tan mal criados!

FERN. Sigue, hijo, sigue en tu escuela,
que el tiempo te dará el pago
merecido.

ALF. Eres un digno
maestro de...

FERN. Si, de párvulos.

(Alfredo se pone á examinar un album.)

CAROL. (Á Blanca.) ¿Quieres, Blanca, que no extrañe
ese repentino cambio
que has sufrido?

BLANCA. ¿Yo?

CAROL. Si tal:
antes no eras asi!

ALF. (Examinando un grabado.) ¡Bravo!
lindo paisaje!

CAROL. (Acercándose á Alfredo.) ¡Á ver: oh!
no le ha visto usted, Fernando?

(Fernando se aproxima al velador. Alfredo pasa al lado de Blanca.)

¡Qué montañas!

FERN. En efecto;
es magnífico grabado!

CAROL. ¡Qué elevacion tan enorme!

FERN. (Leyendo.) «Tumbas árabes del Cáiro.»

(Siguen examinando el album y hablando ap.)

ALF. (Bajo á Blanca.) Blanca.

BLANCA. (Expresando claramente su comprimida pena con abatimiento.)
Alfredo!... por piedad!

ALF. ¿Por qué ese temor? esclavo
de su amoroso capricho
¿no seguí siempre sus pasos?
¿Por qué destruir asi
nuestro dulce bien?

BLANCA. ¿Acaso
la felicidad existe
ya para mí? Desgarrado
mi corazon, en usted
debia cifrarla!... á tanto
no alcanzan mis fuerzas.

ALF. (Con excéptica sonrisa.) Blanca.

BLANCA. (Con abatimiento.)
¡Por compasion!... más el dardo
no clave usted en mi pecho!

ALF. (Con estóica expresion.)
No alimente usté en su daño
tan ridículas ideas;

hoy el mundo es el teatro
de los placeres.

BLANCA. ¡Alfredo!

ALF. Créame usted; ya ha pasado
del ciego romanticismo
el tiempo. (Siguen hablando.)

CAROL. (Á Fernando, notando que este los observa.)
No haga usted caso.

FERN. ¡Yo!...

CAROL. Son riñas inocentes.

BLANCA. Basta, Alfredo.

FERN. (Observándolos.) (¡Habré llegado
tarde!...

PEDRO. (Que habrá salido del despacho, dirigiéndose á Fernando.)
El señor don Antonio
llama á usted á su despacho.

FERN. Si ustedes me dan permiso...
(Oprimiendo la mano que le tiende Carolina.)
Hasta luego.

CAROL. Adios, Fernando.

FERN. (¿Qué misterio es el que encierra
su corazon?)
(Entra en el despacho. Pedro se retira por el foro. Blanca y Carolina quedan en el confidente. Alfredo vuelve á tomar asiento cerca del velador.)

ESCENA X.

BLANCA, CAROLINA, ALFREDO.

CAROL. ¿Conque en vano
te ruego?

BLANCA. Me es imposible.

CAROL. No creo sea un obstáculo
tu enfermedad...
(Bajando la voz y con ironia.)
Si es que el mal
no es del corazon: ¿me engaño?

BLANCA. Carolina...

CAROL. Me parece
que tu amor he adivinado.

¿Es una ciega pasion?
¡mira que causan estragos!
«Si te quieres bien no quieras
á otro,» que está probado
que hoy el amor es objeto
de lujo; por eso á tantos
les cuesta tan caro!... el alma
bien está, Blanca, en su armario.
No lo dudes: hoy los hombres
se rien de... «su adorado
tormento!» «porque «el amor
Platónico!»... hasta el vocablo
es risible!... ¡já, já! já!
si asusta solo el pensarlo!
(Siguen hablando.)

ALF. (¡Me fastidian las visitas
de este género!... siempre hago
papel de comparsa!)

CAROL. (Á Blanca.) Cierto.

ALF. (Levantándose.) Carolina...

CAROL. Qué, ¿nos vamos?

ALF. Si te parece. (Se levantan.)

CAROL. Adios, Blanca.
Ah! me mandarás un ramo
de flores: dálias, camelias,
en fin, lo que quieras.
(Se besan: Carolina se pone el sombrero.)
Vamos,
Alfredo?

ALF. Blanca, á los pies
de usted.

BLANCA. Beso á usted la mano.

CAROL. (Con ironia.)
Cumplimenteros estais!
(Con marcada intencion.)
¿Os acordais del regaño?
Vaya, haced las paces.

ALF. (Tendiendo la mano á Blanca.) ¡Yo!...

BLANCA. (Aceptándola con reprimido dolor.)
Adios, Alfredo.

CAROL. (Á Blanca.) Mi encargo
te recuerdo; ¿oyes?

BLANCA. Descuida.
CAROL. (Besándola.) Adios... fea.
(Salen por el foro.)

ESCENA XI.

BLANCA.

¡Oh! si este rato
se prolonga!... El corazon
saltar queria en pedazos!
(Deja caer la cabaza sobre su pecho.)

ESCENA XII.

BLANCA, FERNANDO.

FERN. (Contemplándola.)
¡Qué tiene usted, Blanca?
BLANCA. (¡Oh!)
Nada. (Sonriéndose.)
FERN. ¿Nada?
BLANCA. Asi lo creo.
FERN. No; con harto dolor veo
que se engaña usted.
BLANCA. (Reprimiendo su pena.) ¿Quién, yo?
(Breve pausa.)
FERN. De su alma el hondo pesar
¿por qué no vierte en mi pecho? (Pausa.)
(Blanca permanece inmóvil.)
Realmente... ningun derecho
tengo.., ni aun para enjugar
sus lágrimas.
(Trasposicion. Blanca le dirige una cariñosa mirada. Fernando se sienta á su lado.)
Yo tambien,
perdone usted, soy un niño.
(Cogiéndola la mano.)
Sabe usted que mi cariño
tan solo anhela su bien.
BLANCA. Ya lo sé.
FERN. Entonces, ¿por qué

no es usted franca conmigo?
¿No soy su mejor amigo?
¿Acaso lo duda usté? (Breve pausa.)
Siempre es del dolor la clave
nuestro mismo pensamiento;
él aumenta el sentimiento.

BLANCA. (Con forzada sonrisa.)
No; mi pesar no es tan grave
que no pueda en mi afliccion
cuando á mi deber precisa...

FERN. No vierta usté esa sonrisa
forzando su corazon. (Breve pausa.)
No en vano, Blanca, porfio
en descubrir el secreto
que me oculta usted. (Pausa.) Respeto
su silencio.

BLANCA. (Con vivo dolor.) Y yo confio
en su cariño de usté
para que sea indulgente
conmigo.

FERN. ¡Blanca!

BLANCA. (Con suplicante accion.) No aumente
usted mi dolor!

FERN. (Levantándose.) Pasé
los límites que el decoro
me permite: harto lo siento.

BLANCA. (Con viva expresion.)
¿Nada de mi sentimiento
le dice á usted este lloro?

FERN. Entonces, Blanca, ¿por qué
en mi pecho he de ocultar...

BLANCA. (Interrumpiéndole vivamente.)
No, no; lo debo ignorar,
Fernando, créame usté.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. ANTONIO, por la derecha.

ANT. (Viendo en pie á Fernando.)
¿Qué, te marchas?

FERN. Si.

ANT. Te ruego
que no olvides...
FERN. Volveré
al momento: no me haré
esperar mucho: hasta luego.
(Fernando se retira por el foro, despues de haber saludado á Blanca. D. Antonio le sigue hasta la puerta. Blanca queda en el confidente abismada en su triste idea.)

ESCENA XIV.

BLANCA, D. ANTONIO.

ANT. (Volviendo.) (Repentina es su salida
y extraño su aturdimiento!...
¡No sé qué presentimiento
me deja esta despedida!)
(Se queda un momento contemplando á Blanca.)
¡Blanca!
BLANCA. (Levantando la cabeza.)
¡Oh!
ANT. ¿Saber no podré?...
BLANCA. (Dirigiéndose ya á D. Antonio con creciente exaltacion.)
Es preciso adelantar
nuestro viaje: marchar
cuanto antes de aquí!
ANT. ¿Por qué?
la estacion está atrasada
y aun el calor...
BLANCA. ¡Por piedad!
ANT. ¿De qué nace tu ansiedad?
BLANCA. ¡Padre... soy muy desgraciada!
ANT. ¡Desgraciada tú!... no tanto
como piensas: has creido
que dió tu amor al olvido?...
BLANCA. (Interrumpiéndole.)
¡No aumentes mas mi quebranto!
ANT. ¡Blanca!
BLANCA. Si, padre, ese amor
fué la ilusion placentera

de mi hermosa primavera!...
¡ya se ha agostado esa flor!
murió en el revuelto mar
de mis gratas ilusiones:
porque hay, padre, corazones
que nacen para llorar!

ANT. No, Blanca, tu amor te ciega:
Fernando apenas llegó...

BLANCA. ¡Ah!

ANT. Tu mano me pidió
con gran interés: sosiega
tu espíritu! tus desvelos
son una vana quimera:
él te adora...

BLANCA. (¡Suerte fiera!)

ANT. ¡Y son injustos tus celos!

BLANCA. ¡Padre!... ¡horrenda expiacion!
su amor, mi prenda querida
me dá la muerte y la vida,
matando mi corazon!

ANT. Hija mia...

BLANCA. ¿Tú mi mano
le has ofrecido?

ANT. Si:

BLANCA. ¡Oh!
imposible.

ANT. ¿Dudas?

BLANCA. No.
no; ¡jamás!

ANT. ¿Pero qué arcano?...

BLANCA. Arcano... si... que inclemente
me hace indigna de su amor.
(Presentando la frente, que despues oculta con rubor, entre sus manos.)
¡No, no mires el dolor
que se refleja en mi frente!

ANT. (Horrorizado separando sus manos para contemplarla con avidez.)
¡Blanca!...

BLANCA. (Cayendo á sus pies.)
¡Oh!... ¡no! tu maldicion
me mataria!... piedad!

ANT. ¿Qué resta á mi ancianidad?
Responde...

LANCA. ¡Por compasion!
¡Oh!

ANT. Responde.

BLANCA. ¡Padre!

ANT. Dí...
¿Dónde este mísero viejo
depositó su consejo?

BLANCA. (Con viva é inocente expresion.)
¿Por qué me trajiste aqui?

ANT. (Retrocediendo horrorizado.)
¡Yo!... con que yo! ah! si... perdon,
¡Dios clemente!

BLANCA. (Alzando los ojos al cielo.)
¡Madre mia!...

ANT. (Apagando la voz y dejándose caer despues en la butaca.)
¡Calla!... ¡nos arrojaria
(Señalando al cielo.)
desde allí su maldicion!

ANT. (D. Antonio deja caer la cabeza sobre su pecho. Blanca á los pies de D. Antonio cubre su rostro con sus manos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante de reducidas dimensiones; dos puertas al foro y laterales: la puerta del foro izquierda comunica con otra que dá al jardin. Balcon en primer término derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA aparece sentada en un sillon dando leccion á CONSUELO, que tendrá un muñeco en la mano.

CONS. (Leyendo despacio.)
«Es una gracia divina,
»porque la virtud consuela
»y enalece...»
JULIANA. (Corrigiéndola.) Y enaltece.
CONS. «Y enaltece al que con ella
»vive: anima en sus trabajos
»al pobre, y dá fuera...
JULIANA. »Fuerza.
CONS. »Para sobre... bre...
JULIANA. »Llevarlos.»
CONS. Es verdad; ¡son tantas letras!
siempre me equivoco aqui!
JULIANA. Vamos, sigue.
CONS. «El alma llena
»de consuelo y nos aparta
»de los...

JULIANA. »De las...
CONS. (Todo seguido.) »Las miserias
»del mundo. Esa gracia...»
JULIANA. Basta.
¿No ves lo que hay antes de esa?»
CONS. Punto. ¿Me voy á jugar?
JULIANA. Falta la doctrina.
(Cierra el libro y coge otro mas pequeño. Consuelo dá vueltas al muñeco. Doña Juliana se lo quita y lo pone sobre el velador.)
¡Eh! ¡deja
eso ahora! quietecita.
CONS. Tiene rota la cabeza!
JULIANA. «Sobre el cuarto mandamiento.»
Los padres son en la tierra...
CONS. (Interrumpiéndola con viveza.)
«Los honra, quien los socorre,
»obedece y reverencia.»
JULIANA. Pero espera á que pregunte.
Vamos. «¿Cuál es la promesa
»que hace Dios al que á sus padres
»honra y sumiso respeta?
CONS. »Dá vida larga y feliz
»y despues la gloria eterna.»
JULIANA. «¿Quiénes otros son tenidos
»por padres?» ¿qué, no te acuerdas?
CONS. (Con viveza.) «Los mayores en edad,
»saber y gobierno!»
JULIANA. Apenas
te entiendo; vé mas despacio.
CONS. Los... ma... yo... res...
JULIANA. Ya está esa.
«¿Qué deben hacer los padres
»con sus hijos? Sus...
CONS. Espera:
»Sustentarlos, doctrinarlos,
»y darles estado.»
JULIANA. Es ciega!
en los que son buenos hijos
la humildad y la obediencia.
CONS. ¿Puedo ya coger el mono?
JULIANA. Toma y no des mucha guerra.

ESCENA II.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. (Entrando por el foro.)
¡Hola! ¿estamos de leccion?
CONS. (Corriendo hácia él con alegria.)
¡Ni tan siquiera una letra
me he equivocado, ¿verdad?
JULIANA. Es cierto: merece en prueba
de su aplicacion...
CONS. (Á Doña Juliana besándola.) ¿Un beso?
PEDRO. ¿Y á mí?
(Consuelo dá un beso á Pedro; este se sienta y la coloca sobre sus rodillas.)
Toma; dos almendras.
¿Qué es eso? ¿has roto el muñeco?
CONS. Se cayó desde la mesa
y se ha roto las narices.
PEDRO. (Examinándole.)
Pues es una friolera!
CONS. (Bajando la voz.)
Habla bajo, que mamá
tiene dolor de cabeza.
Me ha dicho doña Juliana
que hoy no podemos dar guerra.
PEDRO. Tiene razon.
CONS. Papá Antonio
me ha comprado una muñeca
muy grande! casi tan grande
como tú! si, si.
PEDRO. ¿De veras?
¡Jé! ¡Qué graciosa y qué guapa!
¡la escucho como un babieca!
(Levantándose.)
Ahora á jugar al jardin.
CONS. (Con suma humildad acercándose á Doña Juliana, que estará sentada en el sillon, leyendo en un libro.)
Bajo á jugar?
JULIANA. Cuando quieras,
pero sin alborotar.

CONS. (Corriendo hácia Pedro.)
Pedro, ya tengo licencia.
PEDRO. Bien; luego iré yo á buscarte.
CONS. Voy á ver si la muñeca
quiere venir con nosotros.
(Entra en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA III.

DOÑA JULIANA, PEDRO.

PEDRO. Procure usted distraerla.
El amo saldrá ya pronto
y tengo que hablarle... acerca
de un asunto...
JULIANA. ¿De un asunto?
PEDRO. Si, señora, que me llena
de pesar y de...
JULIANA. No entiendo.
PEDRO. Mas vale que esté usté á ciegas,
señora; porque hay noticias...
Si á mí mismo darme cuenta
no puedo sin asustarme!
Y luego... el amo se encuentra
tan delicado, en fin... yo
no digo nada! me aterra
su estado y...
JULIANA. ¿Pero qué ocurre?
Cuente usted con mi prudencia.
PEDRO. Pues... escuche usted. Seis años
hace ya, segun mi cuenta,
que salimos de Madrid:
pues bien, en aquella fecha,
el bueno de don Alfredo
perdió una noche su hacienda,
y acosado de acreedores
sabe usted que huyó á la América.
JULIANA. Es cierto, como tambien
que naufragó ya muy cerca
de Puerto-Rico.
PEDRO. Señora,
¿es usted ó yo quien cuenta?

JULIANA. Bien; hable usted.
PEDRO. La noticia
de su muerte...
JULIANA. Dios le tenga
en descanso y le perdone
los males que hizo en la tierra.
PEDRO. Amen: ya hemos concluido.
JULIANA. ¡Pero hombre!
PEDRO. ¡Si no me deja
usted hablar!
JULIANA. Bien: ya callo.
PEDRO. (Con misterio.)
Esa noticia funesta
llegó á nosotros.
JULIANA. Es cierto.
PEDRO. Pues ayer... no haga usted muecas,
he visto yo al señorito
don Alfredo.
JULIANA. ¡Santa Tecla!
(Santiguándose.)
¡Jesus, María y José!
PEDRO. He dicho.
JULIANA. ¡Pero usted sueña!
¿tiene usté el diablo en el cuerpo?
PEDRO. Podrá ser; pero no prueba
eso que me haya engañado.
Sé mas: sé dónde se hospeda,
y yo no he ido al otro mundo
á buscarle.
JULIANA. Dios nos tenga
de su mano!
PEDRO. Pues no es eso
lo peor.
JULIANA. ¿No?
PEDRO. Mi imprudencia
de escribir al señorito
don Fernando...
JULIANA. ¡Ya, ya!
PEDRO. Acerca
del estado en que se hallaba
el señor: fué una torpeza,
es verdad; pero en su lecho

veia al amo sin fuerzas
para combatir su mal,
y creyendo que la pena
le mataria muy pronto,
temí que la hora postrera
de su vida se acercaba.

JULIANA. ¡Oh!

PEDRO. La señorita... apenas
podia tenerse en pie,
y yo viéndola asi... enferma,
sola... la verdad, señora,
creí que... en fin, que no era
ocasion de perder tiempo.
Aturdido con la pena...

JULIANA. ¡Ah!

PEDRO Dí aviso al señorito
don Fernando; y él, apenas
leyó mi carta, el viaje
dispuso con gran presteza
y debe llegar mañana.
Ya vé usted... ¡por mi torpeza
debia estar en presidio!
¿cuántos llevarán cadena
con menos motivo!

JULIANA. ¡Hombre!

PEDRO. Si, señora; cuando sepa
la señorita que viene
á Cádiz...

JULIANA. Cierto; la pena
será cruel! Pero el amo
¿no le escribió que no era
su enfermedad de cuidado?

PEDRO. Si; pero segun mi cuenta
no ha podido recibir
esa carta.

JULIANA. De manera...

PEDRO. Que llegó tarde.

JULIANA. Ya entiendo.
¡Jesus! y cómo se altera
el sosiego de una casa!
¿Cómo ahora evitar que vea
á la niña?

PEDRO. ¡Es claro! El amo
se empeñó siempre en tenerla
á su lado!...
JULIANA. Y muy bien hecho.
PEDRO. ¡Ya!
JULIANA. ¿Qué quiere usted que hiciera?
¿abandonarla?
PEDRO. No tal,
mas...
JULIANA. ¿Qué culpa tiene ella
de todo cuanto ha pasado?
¡ella... un ángel de inocencia!
PEDRO. (Con marcado interés.)
Sí, pero no olvide usted
que anochecido...
JULIANA. Eso queda
á mi cargo.
PEDRO. Bien.
JULIANA. Yo misma
iré al colegio con ella
á las seis, y allí estará
los dias que permanezca
aqui don Fernando.
PEDRO. El amo...
ya sabe usted que desea
evitar...
JULIANA. ¡Ya estoy en ello!
PEDRO. Chis... silencio: aqui se acerca.
(Antes de aparecer D. Antonio volverá Consuelo del gabinete de la izquierda adonde entró por un juguete.)
JULIANA. Vamos, vamos, hija mia.

ESCENA III.

DICHOS, D. ANTONIO por la derecha, sumamente envejecido, apoyado en un baston muleta. CONSUELO al verle corre hácia él y le dá un beso. DOÑA JULIANA y PEDRO le acompañan hasta el sillon.

CONS. Buenos dias.

ANT. ¿Eres buena?
CONS. ¡Vaya! el cuarto mandamiento
le digo ya de carrera:
¿quieres verlo?
ANT. No, despues.
(Sentándose en el sillon.)
Ya no me quieren las piernas,
doña Juliana.
JULIANA. Es que vamos
caminando á Villavieja.
ANT. No; lo que es yo ya he llegado.
CONS. (Á D. Antonio.) Oye, pero con reserva;
Juliana me está enseñando
otra oracioncita nueva.
ANT. ¿Cuál es?
CONS. La del navegante.
(Dándole un beso en la frente.)
Adios.
ANT. (Contemplándola.) ¡Ángel de inocencia!
CONS. Voy á hacerte una guirnalda
de lunarias y violetas.
(Váse saltando por el foro, cogida de la mano de Doña Juliana.)

ESCENA IV.

D. ANTONIO, PEDRO.

PEDRO. (Contemplando á D. Antonio.)
(Siempre triste y caviloso.)
ANT. Pedro.
PEDRO. (Acercándose.) Señor.
ANT. Oye, baja
al jardin y dí á mi hija
que la espero en esta sala.
(Es preciso prevenirla
mas aun de la llegada
de Fernando.) Vé al momento
PEDRO. La señorita...
ANT. ¿Qué?
PEDRO. Acaba
de entrar en sn gabinete.

ANT. (Levantándose.)
Entonces iré á buscarla
yo mismo. (Al dar el primer paso se detiene.)
Creo han llamado.

PEDRO. (Mirando por la puerta del foro.)
Si la vista no me engaña...

ANT. ¿Quién es?

PEDRO. ¿Quién? el señorito
don Fernando.

ANT. Él!
(Procurando dominarse.) Calma... calma.

PEDRO. (Acercándose.)
Señor...

ANT. Sal á recibirle
y condúcele á esta sala
al momento.

PEDRO. Está muy bien.
(Sale por el foro.)

ESCENA V.

D. ANTONIO, despues DOÑA JULIANA.

ANT. No sé por qué su llegada
en vez de abatirme anima
mi espíritu. (Breve pausa.) ¿Qué esperanza
me resta ya?... Procuremos
reunir mis ideas. Blanca
ha dado ya su paseo
y no es fácil que ahora salga;
sin embargo... ¡ah!
(Viendo á Doña Juliana, que viene por el foro.)

JULIANA. (Entrando.) Si, si; él es,
no hay duda!

ANT. (Llamándola.) Doña Juliana.

JULIANA. El señorito...

ANT. Silencio:
oiga usted: quiero que Blanca
no se entere hasta despues
que yo mismo pueda hablarla.

JULIANA. Ya comprendo.

ANT. Su sorpresa
seria...
JULIANA. Atroz.
ANT. Pues bien...
JULIANA. Basta:
ya sé lo que debo hacer.
ANT. Procure usted que no salga
de su gabinete ahora.
JULIANA. Tenga usté en mí confianza;
yo estaré á la mira.
ANT. Si;
(Váse Doña Juliana por la izquierda.)
Siento que el valor me falta.
(Viendo entrar á Fernando.)
¡Él es!...

ESCENA VI.

D. ANTONIO, FERNANDO.

FERN. (Echándose en sus brazos.)
¡Don Antonio!... ¡al fin
se realizó mi esperanza!
ANT. ¡Fernando!...
FERN. Yo que creí
hallarle á usted aun en cama,
y le encuentro ya...
ANT. ¡Muy débil;
no es cierto?
FERN. Pero eso nada
tiene de extraño: al contrario,
su convalecencia es rápida
segun veo.
ANT. Me parece
que el buen deseo te engaña:
esta postracion es ya
natural en mí: ¡las canas
pesan tanto á los setenta
años! pero... dí; me extraña
que tu viaje...
FERN. Es verdad;
segun decia en la carta

que escribí desde Sevilla,
llegar debia mañana,
pero una casualidad
ha hecho que hoy aprovechara
la salida de un vapor.

ANT. ¡Y tú!...

FERN. Es natural.
(Breve pausa.)
¿Y Blanca?

ANT. Está como te decia
sumamente delicada.
Durante mi enfermedad
ni de noche se apartaba
de mi cabecera, estando
aun peor que yo.

FERN. La calma
de su hermoso corazon
y los cuidados sin tasa
que la rodean harán
que en muy breves dias salga
de esa postracion.

ANT. (Procurando dominar la impresion que desde el principio le han causado estas palabras.)
Yo creo
que asi será.
(Fernando le ayuda á sentarse.)
Conque... vaya,
no me has dicho todavia
ni siquiera una palabra
de tus viajes: ya sé
que has estado en Alemania
dos años y que despues
has traido de la Habana
una fortuna...

FERN. (Sentándose al lado de D. Antonio.)
Oh... no tanto!...

ANT. Bien, bien; cuando se trabaja
con ardor, tarde ó temprano
se coge el fruto: tus cartas
me han enterado de todo,
pero... no obstante, me agrada
preguntártelo á tí mismo;

con que cuenta... cuenta.

FERN. Larga
es la fecha... sin embargo,
como no tiene importancia
mi narracion, complacerle
podré en muy breves palabras.
(Ligera pausa.)
Despues que ustedes dejaron
la córte, recibí cartas
de Lóndres que me obligaron
á pisar la Gran Bretaña
por primera vez: asuntos
particulares, que nada
ofrecen, como usted sabe,
hicieron corta mi estancia
en Inglaterra: partí
al poco tiempo á Alemania,
comisionado por una
de las principales casas
de Lóndres, y á los dos años
—la ambicion me dominaba
tal vez—pude realizar
mi mas risueña esperanza.
La América me ofrecia,
no esas fortunas que infaman
en vez de elevar al hombre
á una posicion muy alta,
no señor; en mis negocios
siempre mi conciencia sana
ha sido mi consejero.
Un mes hace ya que á España
volví, y á los pocos dias
recibí la nueva infausta
de su enfermedad de usted,
mi viaje dispuse... (Levantándose.) y nada
mas. ¿Le parece á usted poco?
(Con afectuoso cariño. Despues se dirige á coger el sombrero.)

ANT. Pero... ¿qué es eso? te marchas?

FERN. Volveré al momento: tengo
que escribir dos ó tres cartas
á mi encargado y...

ANT. Supongo...
—nuestra amistad lo reclama—
que el tiempo que permanezcas
aqui, vivirás en casa
con nosotros.

FERN. (Despues de una ligerísima indecision.)
Si señor;
acepto, porque mi estancia
será breve, y porque debo
no abandonar hoy tan grata
compañia: sin embargo
permítame usted que salga
á prevenírselo á Alfredo
para que en la fonda nada
disponga.

ANT. (Incorporándose, dejando caer el baston.)
¡Alfredo!... (¡Dios justo!)
¡Alfredo vive... ignoraba...

FERN. (Dándole el baston, que D. Antonio coge maquinalmente.)
¿Qué tiene usted?

ANT. (Apoyándose en el sillon.) Yo... creia...
(Dominándose poco á poco.)
¡Mi cabeza está tan mala...
¿No naufragó en Puerto-Rico?

FERN. Es cierto, pero...

ANT. (Pensativo.) ¿Fué falsa
la noticia?...

FERN. No señor;
la del naufragio fué exacta,
pero él y unos marineros
salváronse en una lancha
milagrosamente: el resto
de la tripulacion...

ANT. (Abismado en su idea.) (¡Falsa!)

FERN. Fué el que desgraciadamente
pereció: luego en la Habana
le encontré, y él me enteró
de todo: como se hallaba
acosado de acreedores
por su vida disipada,
mas bien procuró afirmar

la noticia que negarla.
Asi, segun él decia,
perdiendo ellos la esperanza
de cobrar, le perderian
la pista: mas como acaba
de heredar algunos bienes
que le ha dejado una hermana
de su padre, allá en América,
vá descubriendo la máscara,
á pesar de que la herencia
es de muy poca importancia.
Por eso se encuentra en Cádiz
dos dias hace, y mañana
sale, no sé en qué vapor.
Hoy mismo, segun acaba
de decirme, tendrá el gusto
de anunciarles su llegada
y de saludar á ustedes.

ANT. (Saliendo de su abatimiento.)
Venir á mi propia casa...
sin haberle yo buscado!...

FERN. Ya sabe usted que él no guarda
cumplidos.

ANT. (Apoyándose en el sillon.) Si.

FERN. (Sosteniéndole.) ¡Don Antonio!

ANT. (Procurando sobreponerse á su débil estado.)
No hagas caso; esto me pasa
á cada instante.

FERN. (Con abatimiento.) (¡Qué triste
presentimiento desgarra
mi corazon!... ¡siempre tarde!)

ANT. (Despues de sentarse.)
¿Lo ves? ya estoy bien: es tanta
mi debilidad!... Yo mismo
anunciaré tu llegada
á Blanca: no te detengas
por mí.

FERN. (Con triste expresion, mirando fijamente á D. Antonio.)
Sentiré en el alma
que mi presencia...

ANT. ¡Fernando! (Breve pausa.)

(Tendiéndole la mano.)
No te hagas esperar.

FERN. (¡Cuánta
amargura encierra siempre
la duda!)

ANT. ¿Y asi te marchas?
sin darme ni un solo abrazo?
(Permanecen un momento abrazados. Despidiéndole con vivo sentimiento.)
¡Respeta siempre estas canas!
(Sale Fernando por el foro.)

ESCENA VII.

D. ANTONIO.

(Momentos de silencio.)
Vendrá... si... ya el corazon
siento latir con violencia:
su despreciable existencia
acallará mi afliccion.
Mísero y débil anciano,
no creas cobardemente,
que alzar no podré mi frente,
que temblar verás mi mano...
¡Te engañarias!... valor
me sobra al dejar mi lecho
para arrancar de tu pecho
los pedazos de mi honor!
(Esforzándose por sostenerse.)
¡Mi honor!... ¡mi honor!... loco intento
que mi delirio presenta:
¿Se lava acaso la afrenta
con un crímen?
(Cayendo en el sillon.) ¡Oh, me siento
desfallecer!... esta herida
me mata! ¡mi frente arde!
(Con voz desfallecida.)
¡Dios mio!... ¡es tarde!... muy tarde,
dáme un soplo mas de vida!
(Deja caer la cabeza sobre el pecho, abatido por la fatiga. Momentos de silencio.)

ESCENA VIII.

D. ANTONIO, BLANCA.

BLANCA. (Acercándose á D. Antonio, creyéndole dormido.)
¿Descansas?
ANT. (Alzando la cabeza y procurando reprimir su pena.)
¡No! (Triste juez
será de nuestro dolor
¡Fernando! ¡oh!)
BLANCA. (Con cariñosa naturalidad.) ¿Estás mejor?
¡no es tanta tu palidez!
tu rostro animado está
y es mas viva tu mirada.
ANT. (Con creciente exaltacion.)
Si; mi razon despejada
un nuevo aliento me dá.
¡Tú lo has dicho! mi semblante
no marca la ancianidad;
aun soy jóven! ¿no es verdad?...
aun tengo fuerza bastante!
BLANCA. (Con cariño.)
Calma tu imaginacion;
la fiebre abrasa tu frente.
ANT. ¡No!... si no lucha mi mente,
quien lucha es mi corazon!
BLANCA. (Acariciándole.)
¿Qué quieres? mi amor filial
¿no es tu dicha? ¿no es tu encanto?
Tú, que me has querido tanto,
que tu afecto paternal
tu dulce amor sin enojos
sobre mi pena has vertido;
tú, que siempre has recogido
las lágrimas de mis ojos,
¿por qué hoy el pesar que un dia
calmaste con santo anhelo
recuerdas, rasgando el velo
con que tu amor le cubria!
ANT. No, no; no es una ilusion

ni una lenta calentura;
hoy, envuelto en mi amargura,
sonrie mi corazon.
(Atrayéndola hácia sí.)
Una esperanza me alienta
me infunde nuevo valor!...
(Con energia.)
yo arrancaré tu dolor
al arrancar nuestra afrenta!
(Blanca se abraza á D. Antonio, ocultando una lágrima.)
De tus mejillas secar
sabré esa lágrima fria...
(Contemplándola con avidez.)
Déjame espacio, hija mia,
(Separando á Blanca.)
para poder respirar!

BLANCA. ¡Mi afrenta!

ANT. ¡No! que Dios vela
siempre por el desgraciado!
¡Dios, que al pobre desterrado
en sus pesares consuela!
Dios que vela por mi honor!
(Movimiento de sorpresa en Blanca. D. Antonio con viva expresion, pero apagando la voz dice, despues de tender una mirada por la escena.)
¡Alfredo vive!

BLANCA. (Arrojando uu grito.) ¡Dios santo!

ANT. No temas que á mi quebranto
ceda todo mi valor.
¡No temas, no!... esa esperanza
á otro ser alentará,
él mi afrenta lavará.

BLANCA. (Levantando rápidamente la cabeza.)
¿Fernando?... ¡Oh!.. no!

ANT. Mi venganza
es suya tambien; su amor
sin piedad han desgarrado!

BLANCA. Y si ese amor ha borrado
el tiempo, ¿por qué el dolor
despertar en él?
(Procurando dominar su turbacion.) Culpada,

ante tu mirada fria,
tu justa cólera un dia
pude sufrir resignada.
De mis pesares testigo
tú animaste mi existencia
despues; tú de mi conciencia
alzar quisiste el castigo.
En tu honrada frente, fija
mi culpa llevar quisiste;
tú, con amor santo, diste
consuelo á tu pobre hija.
Fuerzas para resistir
tuvimos... que hoy no tenemos:
hoy, padre, ya no podemos
un nuevo golpe sufrir.
Por mas que de mi conciencia
aparte la vista mia,
valor, tal vez, no tendria
para verle en mi presencia.

ANT. Blanca.

BLANCA. Evitarla es preciso
á todo trance.

ANT. (Con creciente impaciencia.)
¡Imposible!
Comprendo, si, que es terrible,
mas... ¡llegó tarde mi aviso!

BLANCA. ¿Tarde? ¿qué dices?

ANT. Ya sabes
que Pedro en su aturdimiento
le escribió... y hace un momento...
una hora lo mas...

BLANCA. ¡No acabes!...

ANT. Que ha llegado...

BLANCA. ¡Padre!... ¡padre!...

ANT. ¡Ten, hija mia, valor!

BLANCA. ¿Y mi honor?

ANT. (Viendo á Consuelo en la puerta del foro.)
¡Calla!

BLANCA. ¿Y mi honor?
Madre... ¡perdona á una madre!

ESCENA IX.

DICHOS, CONSUELO por el foro.

CONS. (Desde la puerta.)
¿Se puede entrar?
BLANCA. (Abrazándola.) ¡Hija mia!
CONS. (Despues de abrazar á Blanca se dirige á D. Antonio.)
Ahí pregunta un don Fernando
por tí.
BLANCA. (Comprimiendo un grito.)
¡Ah!
CONS. (Cogiéndola cariñosamente las manos.)
Mamá... ¡estás temblando!
ANT. ¡Hija!
BLANCA. No; me mataria
su presencia.
ANT. Tu afliccion
refrena.
BLANCA. Si, si.
ANT. Huye aprisa...
BLANCA. (Inmóvil.) ¡No puedo!
ANT. Ó una sonrisa
arranca á tu corazon.
BLANCA. ¡No puedo!... ¡no puedo!
ANT. (Fijándose en Consuelo y cogiéndola de la mano.)
¡Ah!
ven.
BLANCA. (Deteniéndola.)
¡No! no!... es mi hija!... prefiero
mi vergüenza!
ANT. ¡Oh!
CONS. (Abrazándose á Blanca.) Yo no quiero
separarme de mamá.
ANT. ¡Pronto... vé que está esperando!...
CONS. Mamá.
BLANCA. ¡No; jamás!
ANT. ¡Tu pena
por piedad, Blanca, refrena!
JULIANA. (Anunciando desde el foro.)

El señorito Fernando.

(Blanca al oir este nombre ahoga en su pecho un grito de dolor, procurando ocultar involuntariamente á Consuelo. D. Antonio queda inmóvil en el sillon. Doña Juliana se coloca, despues que ha entrado Fernando, al lado de Consuelo. Estúdiese bien esta situacion.)

ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO, DOÑA JULIANA.

FERN. (Dirigiéndose á Blanca, á quien tiende cariñosamente la mano.)
Blanca...

BLANCA. (Reprimiéndose.) Fernando... (Dios mio!)

FERN. Esa agitacion...

BLANCA. (Con forzada sonrisa.) No es nada.

ANT. (Procurando distraer la atencion de Fernando.)
La impresion...

FERN. Es natural.

ANT. Despues de ausencia tan larga...

JULIANA. (Bajo á Consuelo.)
Cuidado con que despegues
tus labios; ni una palabra,
lo entiendes?

CONS. ¿Por qué?

ANT. Hace dias
que... se encuentra asi... algo mala.

FERN. Lo siento.

BLANCA. Gracias, Fernando.

FERN. (Viendo á Consuelo.)
Hermosa niña.

ANT. Es ahijada
de Blanca.

BLANCA. (Reprimiendo un grito.)(¡Oh!)

FERN. Muy bien.

JULIANA. (Á Consuelo.) Silencio.

CONS. ¡Pero si no digo nada!

JULIANA. Basta de leccion por hoy.

BLANCA. (Bajo á D. Antonio.)
¡Padre!

ANT. (Á Blanca.) ¡Valor!

FERN. (Acariciando á Consuelo.) La desgracia
es un título amoroso
que conmueve nuestra alma,
alzando en ella su templo
la caridad: usted, Blanca,
desde niña,—aun lo recuerdo
con dulce placer,—guiaba
siempre su buen corazon
por esa senda; es tan santa
la caridad...
(Á Consuelo.) ¿Quieres darme
un beso?
(Consuelo besa á Fernando. Blanca se esfuerza cada vez mas por aparecer serena.)
¿Cómo te llamas?

CONS. ¿Yo? Consuelo.

FERN. ¿Y quieres mucho
á esta señorita?

CONS. ¡Vaya!
¡mas que nadie!... ¿no es verdad?

ANT. (Llamando la atencion de Fernando.)
¡Es un ángel!

JULIANA. (Cogiendo de la mano á Consuelo.)
Ven, mañana
continuarás la leccion.

CONS. (¡Si no he dicho una palabra!)

JULIANA. Bien, bien, luego volverás.

CONS. (Á Blanca.) Me das un beso?

BLANCA. (Maquinalmente.) Si.

JULIANA. (Separándola.) Basta,
ven.

CONS. (Á Blanca..) Cuidado con llorar!
(Doña Juliana sale por el foro, llevándose á Consuelo.)

ESCENA XI.

BLANCA, D. ANTONIO, FERNANDO.

BLANCA. (Apoyándose en la butaca.)
(¡No puedo mas!)

ANT. (Notando este movimiento.) ¡Blanca!... Blanca!
(Breve pausa. Fernando se aproxima tambien á Blanca.)

BLANCA. (Reponiéndose.)
Fernando.... dispense usted,
no me encuentro bien.

ANT. (Contemplándola con tristeza.)
(La mata
su dolor!)

FERN. Pronto el sosiego
volverá la dulce calma
á su pecho: los disgustos
que han cercado á usted, en alas
de su amor filial, muy pronto
volarán.

BLANCA. Esa esperanza
me dá aliento.

ANT. (Á Fernando, interponiéndose entre los dos.)
Su salud.
se encuentra tan quebrantada!
Serénate... yo entre tanto,
si Fernando me acompaña,
daré mi corto paseo
segun costumbre.

FERN. Si, Blanca,
debe usted tranquilizarse:
su salud antes que nada.

BLANCA. (Haciendo el último esfuerzo por dominarse.)
Gracias.

ANT. (Á Fernando apoyándose en su brazo.)
Vamos.

FERN. (¡Qué misterio
encierra esa triste lágrima!)
(D. Antonio y Fernando salen por el foro. Blanca al

verse sola se deja caer en el sillon, dando rienda suelta á su comprimido dolor. Un momento despues aparece Doña Juliana por la puerta del foro.)

ESCENA XII.

BLANCA, DOÑA JULIANA.

BLANCA. (Arrojando un grito de dolor y cubriendo su rostro con sus manos.)
¡Dios mio!
(Breve pausa.) Vírgen bendita.
¡dáme el valor que reclama
mi situacion!... ¡aun me ama!
(Se deja caer en la butaca.)

JULIANA. (Adelantándose.)
Señorita... señorita.

BLANCA. (Dominando su sentimiento.)
¡Llegará un dia á olvidarme!...
¡lo anhelo!. . pero y mi afrenta,
si á mí misma darme cuenta
no puedo... sin despreciarme!

JULIANA. Señorita...

BLANCA. No es posible,
no, ser ya mas desgraciada!
¡Yo que me creí olvidada
de todo el mundo! ¿Qué horrible
imágen salta á mis ojos
otra vez? ¡deudas de honor!...
donde se siembra el dolor
solo se cogen abrojos.

JULIANA. Calme usté esa agitacion.

BLANCA. Si, si; pero... ¿dónde está
Consuelo?

JULIANA. Luego vendrá,
señorita: su afliccion
no debe con su presencia
aumentar: ¡créame usté!

BLANCA. Es que yo quiero que esté
conmigo.

JULIANA. Su inexperiencia

puede hacer que don Fernando
se entere de...

BLANCA. (Interrumpiéndola con rubor.)
¡Oh!... ¡por piedad!
(Suplicándola.)
no aumente usted mi ansiedad.

JULIANA. Si está con Luisa jugando
en el corredor: mañana
es ya preciso que esté
en el colegio... yo iré
con ella...

BLANCA. Doña Juliana!

JULIANA. Esta tarde y... en rigor,
eso es lo que hacer debemos;
asi acaso evitaremos
otro disgusto mayor.
El señorito estará
breves dias y... yo creo
que el bien de todos deseo:
usted misma convendrá
despues conmigo.

BLANCA. (Luchando con sus ideas.) No, no;
imposible: yo alejarla
de mi lado... yo arrojarla
de aqui... de mi casa!... yo!...
su misma madre! ¡seria
horrible... horrible... cruel!

JULIANA. Pero y si delante de él,
inocente en demasia...

BLANCA. (Con insistencia.)
No, no.

JULIANA. Resuena en su boca
el nombre de madre.

BLANCA. (Con delirante decision.)
No;
¡ya huirá de mí... cuando yo
me acabe de volver loca!

JULIANA. (Mirando hácia el foro.)
¡El amo!
(Dirigiéndose con impaciencia á Blanca.)
Serenidad.
Ya vuelve con don Fernando

su padre de usted.

BLANCA. ¡Ah! ¡cuándo
tendré ya tranquilidad!

JULIANA. (Con anhelante insistencia.)
Retírese usted: despues
podrá ya con mas sosiego
dominarse: se lo ruego
yo á usted hoy.

BLANCA. (Con cariñosa gratitud.)
Cuánto interés
por mí ¡ah!...

(Doña Juliana acompaña á Blanca hasta la puerta del gabinete. Don Antonio aparece en la puerta del foro apoyado en el brazo de Fernando. Doña Juliana acompaña tambien á D. Antonio hasta el sillon y luego se retira por el foro.)

ESCENA XIII.

D. ANTONIO, FERNANDO.

ANT. (Con fatigosa respiracion, despues de haberse sentado.)
¿Te habrá extrañado
mi silencio... y la sorpresa
de Blanca?

FERN. Mucho me pesa
por cierto haberla causado.

(Pausa. D. Antonio permanece inmóvil. Fernando contemplando su abatimiento.)

¿Adónde huyó la alegria
que yo soñé á mi llegada?
¿Por qué... por qué su mirada
aparta usted de la mia?

ANT. (Con doloroso acento.)
¡Mira... mira este semblante
por la pena envejecido!
¿No soy digno, hijo querido,
de compasion un instante?

(Fernando estrecha la mano de D. Antonio.)

¡Ya lo ves!... tiembla mi mano;
no tengo fuerzas ni aliento,

y aun anima un sentimiento
la cabeza de este anciano.
(Breve pausa.)
Oye; mi vista no alcanza
mas que doloroso llanto,
y aun solo con mi quebranto
vivo con una esperanza.
Fuerzas me presta mi aliento,
mi corazon me dá vida,
mi cabeza encanecida
agita mi pensamiento.
y eso que es mi mal profundo
una lenta calentura!...
(Con delirio.)
para mi triste amargura
no hay remedio ya en el mundo!

FERN. ¿No hay remedio?

ANT. No.

(Breve pausa.)

FERN. Respeto
su silencío y su pesar;
el mio viene á aumentar
su misterioso secreto.
No fuí digno de su amor,
mi ambicion fué una locura;
soñé risueña ventura,
trabajé con necio ardor.
Y hoy que toca al fin mi mano
esa triste realidad...

ANT. Aun te queda en tu horfandad
una hermana... y un anciano.
Un anciano que tu vida
mas que nunca hoy te reclama!

FERN. Mi esperanza...

ANT. Es una llama
que aun se conserva encendida.

FERN. ¡Padre!

ANT. De mi ancianidad
aun puedes ser el sosten:
necesito de tí, ven;
tuya es su felicidad.
(Con dolorosa y apagada entonacion.)

Tu corazon pide amor,
tal vez hallarle podrás,
(Con acento aun mas apagado, despues de recorrer con una mirada toda la escana.)
el mio me pide mas!...
mucho mas!... ¡pide mi honor!

FERN. (Con creciente asombro.)
¡Don Antonio!

ANT. (Procurando hacerle olvidar sus palabras.)
¡Oh!... no, hijo mio!

FERN. ¿Quién manchar con torpe afrenta
tan nobles canas intenta?

ANT. No, no: loco desvario
es solo de mi razon
enferma!

FERN. Qué horrible arcano!...

ANT. (Interrumpiéndole vivamente.)
¡Calla... calla!... y de este anciano
ten, Fernando, compasion!

ESCENA XIV.

DICHOS, BLANCA aparece en la puerta de su gabinete; PEDRO sale precipitadamente por el foro.

PEDRO. (Acercándose á D. Antonio.)
Señor, ese hombre está ahí.

FERN. Ese secreto...

ANT. Jamás!
(Fijándose en Blanca, que se habrá acercado lentamente.)
¡Blanca!... ah!... No puedo mas!

BLANCA. (Esforzándose por aparecer serena sostiene con Fernando á D. Antonio.)
Padre, padre, vuelve en tí.

ANT. ¡Dios mio!... piedad, piedad!
contempla mi desventura!
era una horrible locura!
¡Hija!...

BLANCA. Calma tu ansiedad.

ANT. (Sosteniéndose en los dos.)

¡Vuestro sosten necesito;
desgraciados los que gimen
bajo el peso de su crímen!...
no, Fernando!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA JULIANA por el foro: despues ALFREDO; luego CONSUELO seguida de PEDRO, que no pasará de la puerta del foro.

JULIANA. (Anunciando.) El señorito
D. Alfredo.

BLANCA. (Ahogando un doloroso grito.)
(¡Dios clemente!...
él!... mi corazon se arranca!...
¡Él!...)

ALF. (Entrando por el foro.)
Á los pies de usted, Blanca.

BLANCA. (Gran Dios!... se abrasa mi frente!)

ALF. (Á D. Antonio, que permanece abatido en el sillon.)
Tengo una satisfaccion
despues de tan largos años...

FERN. (¡Oh! qué horribles desengaños
matan hoy mi corazon!)

ALF. (Á Blanca.) Siempre en mi memoria fija
su bella amistad brilló.
(Notando su turbacion.)
¿Se siente usted mal?

BLANCA. (Esforzándose ya inútilmente.) ¡Yo... no!

CONS. (Entrando corriendo por el foro y dirigiéndose á Blanca.)
Mamá, mamá...

BLANCA. (Arrojando un agudo grito y dejándose caer en el confidente.)
¡Ah!!!

FERN. (Clavando su terrible mirada en Alfredo.)
(Su hija!)

(Blanca queda en el confidente, sostenida por Doña Juliana que estará detrás. Consuelo abrazada á las rodillas de Blanca fija su inocente pero expresiva mi-

rada en Alfredo, como preguntándole la causa de su desmayo. D. Antonio abatido en el sillon. Alfredo anonadado en medio de la escena. Fernando en la misma actitud que cuando dice «su hija». Pedro asombrado en la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA por la izquierda, PEDRO por el foro.

JULIANA. (Mirando al reloj.)
Las diez y media: parece
que todo se ha conjurado
contra esta casa!... ¡qué noche,
bendito sea Dios!... ni un rato
de sosiego! y demos gracias
al señorito Fernando,
que desde que anocheció
en la cabecera ha estado
de su cama, que si no...
cuando le entró aquel recargo
tan fuerte!...

PEDRO. (Sentándose y demostrando siempre su aturdimiento.)
Doña Juliana,
yo tambien me siento malo:
á mi edad tanto disgusto
es echarme al hoyo.

JULIANA. ¡Vamos,
señor Pedro, mas valor!
no aflija usted mas el caso.

PEDRO. (Levantándose.)

No lo puedo remediar.
Creo que estoy atontado...
y lo estoy... si, si, señora;
no lo dude usted. (Breve pausa.) El amo
me manda á saber...

JULIANA. ¿El qué?

PEDRO. (Despues de algunos momentos que ha estado pensando.)
No me acuerdo.

JULIANA. Pues quedamos
enterados: ¡qué memoria!

PEDRO. (Recordando.)
¡Ah! ¿que si se ha levantado
la señorita?

JULIANA. (Suspirando.) ¡Oh!

PEDRO. (Marchándose.) Pues voy
á decirle...

JULIANA. ¿Pero acaso
le he contestado á usted?

PEDRO. ¿No?

JULIANA. No, señor: he suspirado;
pero...

PEDRO. ¿Y se viene usted ahora
con suspiros? Por los clavos
de Cristo...

JULIANA. Pero si usted...

PEDRO. ¿Qué? ¿tambien he suspirado
yo? pues no lo he advertido.

JULIANA. Pero...

PEDRO. No; si no lo extraño.
Hago ya maquinalmente
las cosas, y cuanto hablo...

JULIANA. Señor Pedro, por la Vírgen
del Pilar le ruego...

PEDRO. En vano
suplica usted; lo conozco:
ni oigo, ni entiendo, ni hago
mas que decir desatinos.
(Con aturdimiento.)
No se aturda usted: el amo
me manda á...

JULIANA. Ya lo he oido.

PEDRO. ¿Lo ha oido usté? ¿en qué quedamos?
¿me ha contestado usté ó no?
JULIANA. ¿Me ha dejado usted acaso?
Ya sabe...
PEDRO. ¿Cómo?
JULIANA. Yo misma
se lo he dicho.
PEDRO. ¿Pero cuándo?
JULIANA. Hace mas de media hora.
PEDRO. ¡Si se explicara usted claro
desde el principio!
JULIANA. ¡Si usted
no fuera tan torpe!
PEDRO. Á un lado
las indirectas; que no hay
motivo para enfadarnos;
y no estamos para bromas.
(Breve pausa.)
JULIANA. ¿Salió el médico?
PEDRO. Hace un rato.
JULIANA. ¿Y qué ha dicho del señor?
PEDRO. Psh... ha dicho... que está malo.
JULIANA. ¿Y del amago de anoche?
PEDRO. Lo mismo... que fué un amago.
JULIANA. (Incomodada.) Lo que es eso ya lo ví.
PEDRO. Pues no sé mas: ah, ¡si!
JULIANA. Vamos,
explíquese usted.
PEDRO. Yo creo
que está ya mas aliviado.
Me mandó que le vistiera,
y luego con don Fernando
bajó al jardin: allí solos
se quedaron paseando
cuando yo fuí á llevar
la... en fin, y en seguida... al paso
llamé al médico y...
JULIANA. ¡Jesus!
¡qué barahunda!
PEDRO. El recado
le dejé y... ya me olvidaba:
¿ha venido don Fernando?

JULIANA. ¡Don Fernando!
PEDRO. ¿Quién habla ahora
de?...
JULIANA. Pero si usté...
PEDRO. Al contrario,
él me mandó...
JULIANA. ¿Pero á qué?
PEDRO. ¡Dále! á llevar el recado.
JULIANA. ¿Qué recado!
PEDRO. ¡Hablo yo en griego?
JULIANA. ¡Pero si está ahí don Fernando!
PEDRO. ¿Y quién lo duda? me dijo
que fuera á avisarle, en tanto
que él hablaba...
JULIANA. ¿Pero á quién?
PEDRO. ¿Á quién ha de ser? al amo.
JULIANA. ¡Hombre! ¿qué está usted diciendo?
PEDRO. ¡Si me está usted atontando
con su eterno preguntar!
Yo me explicaré; pero algo
ha de hacer usted; callarse...
y es bastante.
JULIANA. Bien; ya callo.
PEDRO. Hace una hora lo mas
que el señorito Fernando...
JULIANA. No se equivoque usted.
PEDRO. ¡Dále!
¿Tiene usted un diccionario
en la boca!
JULIANA. ¡No se altere
usted! ¡hum! ¡qué genio!
PEDRO. El caso
no es para menos: decia
que el señorito Fernando
me indicó con disimulo
que le siguiera al despacho:
hícelo asi;—esto era
antes de vestirse el amo.—
Allí escribió cuatro letras
asi... muy de prisa; ¿estamos?
¿vé usté ahora cómo me explico?
JULIANA. Bien.

PEDRO. Pues siga usted callando.
Al acabar de escribir
dijo para sí, muy bajo,
«vendrá, si; lo he ofrecido...»
Despues con semblante pálido
me dió la carta y al punto
la llevé...

JULIANA. ¿Á quién?

PEDRO. Empezamos
con las preguntas?

JULIANA. Si usted
no me ha dicho...

PEDRO. Pues bien claro
me explico ahora; al señorito
don Alfredo.

JULIANA. Pero el amo...

PEDRO. No sé mas.

JULIANA. ¡Jesus! ¡Jesus!
(Breve pausa.)
¡Si viera usted cómo ha estado
la señorita esta noche!

PEDRO. Ya lo considero.

JULIANA. En vano
la rogué que se acostase.
Toda la noche ha pasado
abrazada á su Consuelo,
que aumentaba con su llanto
su dolor. ¡Oh! ¡pobre niña!
(Conmovida.)
asi se quedó en sus brazos
dormidita, ya cansada
de llorar: hasta los párpados
(Enjugando una lágrima.)
los tenia esta mañana
hinchaditos! ¡se ha empeñado
en estar con su mamá!

PEDRO. (Id.) No, no soy para estos casos.

JULIANA. Voy á ver si ahora consigo
separarla de su lado.
(Entra en el gabinete de Blanca.)
(Aparece D. Antonio por la puerta del foro, apoyado en su baston y cogido del brazo de Fernando. Pedro

despues de acompañarle con Fernando al sillon se retira por el foro.)

ESCENA II.

D. ANTONIO, FERNANDO.

FERN. Descanse usté aqui un momento!
ANT. (Indicando el gabinete de Blanca.)
Quisiera verla...
FERN. Despues.
ANT. Si; tienes razon, Fernando!
(Breve pausa.)
¡Quererla tanto... y saber
que ha sido inocente víctima
de mi ciego amor!
FERN. ¿Por qué
trae usted á su memoria
hoy esa idea cruel?
ANT. (Pensativo.)
Yo... que cual muchos creia
haber llenado el deber
de padre porque en su infancia
grabar ciego imaginé
consejos que aun su razon
no alcanzaba á comprender.
Yo, que fiado ¡insensato!
en la educacion que fiel
en la aurora de su vida
tan cariñoso cuidé,
cuando mas velar debia
por ella... ¡oh! entre el placer
de una vida disipada
sereno la abandoné.
Si; la juventud encierra
un mar de pasiones; y es
la edad que mas bien reclama
de un padre el firme sosten.
La educacion es la vida,
y la vida en la niñez
es el boton de una flor
que aun no ha empezado á romper.

En su hermosura embebidos
mirando con avidez
su belleza, descuidamos
sus raices, y despues
marchitas... mustias sus hojas
van cayendo á nuestros pies.
¿Por qué si desconocia
ese florido verjel,
flor del valle trasplantada...
por qué de allí te arranqué?
(Breve pausa.)

FERN. Es verdad; mas procuremos
tan triste idea vencer
alejando pensamientos
que aumentan mas cada vez
la amargura de su pena.
(Breve pausa.)
¿Por qué no descansa usted
un rato? asi lo ha encargado
el médico.

ANT. (Con débil voz.) No; estoy bien:
aun tengo fuerzas.

FERN. No obstante.
la habitacion esta es
algo fria, y su salud
no debe usted exponer
de ese modo.

ANT. (Fijando la vista en el gabinete de Blanca.)
El gabinete
de mi hija...

FERN. No: despues
la verá usted: ella misma
saldrá ya pronto tal vez,
y entonces... ahora descansa
y seria muy cruel
alterar la dulce calma
de su reposo.
(Mirando al reloj de sobremesa.)
(Las diez;
¡aun hay tiempo! aprovechemos
los instantes.)
(Tira del cordon de la campanilla y sale Pedro. D. An-

tonio se apoya en el brazo de Fernando.)

PEDRO. (Por el foro.) ¿Llama usted?

FERN. Sírvase usted avisarme
si alguien viene.

PEDRO. Está muy bien.

(D. Antonio y Fernando se dirigen lentamente hácia la puerta de la derecha, desde donde vuelven á dirigir una mirada al gabinete de Blanca.)

ESCENA III.

PEDRO, despues ALFREDO.

PEDRO. ¡Cuando la paz de una casa
se altera!... pero han llamado
me parece.
(Dirigiéndose á la puerta del foro.)
El señorito
don Alfredo! si.

ALF. (Entrando por el foro.)
¿Y Fernando?

PEDRO. Voy á avisarle al momento:
siéntese usted.
(Ofreciéndole una silla, que Alfredo rehusa.)

ALF. (Con sequedad.) Gracias.

PEDRO. (Dirigiéndose al despacho de D. Antonio.)
(¡Malo!
su cara indica tormenta;
ofrezco rezar al santo
del dia tres padres nuestros
si...) Ya voy. (¡Malo... muy malo!)
(Entra en el despacho. Alfredo permanece algunos momentos pensativo.)

ESCENA IV.

ALFREDO.

¡Qué contratiempo fatal!
citarme aqui... para darnos

una satisfaccion!... si,
esas son si no me engaño
sus palabras.
(Sacando una carta.)
¿Qué intencion
llevará en esto Fernando?
(Leyendo.)
«Una pronta satisfaccion debe mediar entre
»nosotros: no creo que la evitarás, pues nun-
»ca te he juzgado cobarde. El estado de don
»Antonio no me permite separarme de esta
»casa: en ella te espero mañana á las diez
»y media, hora en que podremos hablar sin
»testigos. Pedro estará enterado de todo:
»él me avisará y te aseguro que nadie ven-
»drá á interrumpirnos.»—Fernando.
(Queda pensativo.)

ESCENA V.

ALFREDO, DOÑA JULIANA y CONSUELO por la izquierda.

JULIANA. (Saliendo.)
Verás qué bonito.
ALF. (Viendo á Consuelo.)
(¡Ah!)
ULIANA. Luego la subes un ramo.
CONS. No, si yo no quiero flores!
quiero que no llore tanto
mamá!
JULIANA. Pero bien, ahora
¿qué vas á hacer en su cuarto?
CONS. ¡Si yo tambien sé llorar!
y tú tambien.
JULIANA. Vamos, vamos
al jardin: te enseñaré
la otra oracioncita.
CONS. ¿Y cuándo
voy á subir?
JULIANA. Al momento.
(Viendo á Alfredo.)
¡Ah!... no habia reparado.

(Fernando aparece en la puerta de la derecha.)

ALF. (Acercándose á Consuelo.
Me das un beso?

CONS. (Escondiéndose detrás de Doña Juliana.)
No, no;
que es el que ha hecho llorar tanto
á mamá...

JULIANA. Dispense usted:
quién de una niña hace caso?
Consuelo...

CONS. No, si no quiero.

JULIANA. Con permiso de usted, vamos.
(Salen por el foro.)

ESCENA VI.

ALFREDO, despues FERNANDO.

ALF. (Dominado por la situacion en que se encuentra.)
Me ha negado un beso... un beso!
¡Oh! qué es lo que está pasando
dentro de mi corazon?
el remordimiento acaso...
¿Y qué es el remordimiento,
qué la conciencia?... un arcano
que no sé... ni aun explicar.
(Pausa. Fernando vá acercándose.)
Qué bien decia Fernando:
sin fé, sin creencia alguna
¿qué es nuestra vida?... un sarcasmo
de ella misma!... Oh! cuántas veces
la risa abrasa en los labios
cubriendo de hielo el alma!

FERN. (Con naturalidad.) Alfredo.

ALF. (Dominando su turbacion.) Oh! Adios, Fernando.

ESCENA VII.

FERNANDO, ALFREDO.

Momentos de silencio.

FERN. ¿Te ha sorprendido mi carta?
ALF. Despues de lo que ha pasado
te aseguro que...
FERN. ¿Has dudado
en venir?
ALF. No; mas con harta
impaciencia...
FERN. Es de pensar.
ALF. Te suplico que acabemos
cuanto antes.
FERN. Abreviaremos,
aunque hay bastante que hablar.
ALF. Parte á la una el bergantin
que me conduce á la Habana,
y ya ves que la mañana...
FERN. ¿Qué nombre tiene?
ALF. El Delfin.
FERN. Partimos juntos.
ALF. ¿Tú?
FERN. Yo.
ALF. No comprendo.
FERN. Poco importa.
Ya lo sabrás.
ALF. ¿Será corta
tu expedicion?
FERN. Tal vez no.
Pero dejando esto á un lado,
que poco interesa, hablemos
de otro asunto, que aun tenemos
tiempo para todo.
(Alfredo queda inmóvil recostado en la butaca. Fernando se le queda comtemplando algunos momentos.)
(Variando de entonacion.) Hastiado
ya del placer has vivido

y vives en una esfera
donde si tu alma pudiera
ver como se ha corrompido
(Alfredo empieza á demostrar su impaciencia.)
tu ser, sembrando á porfia
el dolor y la amargura,
rasgando tu fé insegura
de sí se horrorizaria.
Tal vez no me entenderás.

ALF. Te suplico...

FERN. Bien: escucha;
que aunque tu impaciencia es mucha
al fin me comprenderás.
En tus respuestas espero
la franqueza de un amigo;
tu corazon por testigo;
tu razon por medianero.

ALF. Es la única cualidad
buena que me asiste; creo
que llenaré tu deseo
con puntual formalidad.

FERN. Pues empiezo á preguntarte.

ALF. Y yo empiezo á responderte.

FERN. La concision es mi fuerte.

ALF. Haré por no molestarte.
(Breve pausa.)

FERN. ¿Qué idea de tu pasado
anima hoy á tu razon?

ALF. (Con excepticismo.)
Ciega desesperacion,
y un sentimiento gastado.

FERN. ¿No hay ni siquiera un recuerdo
del *bien* en tu larga historia?
Consulta bien tu memoria.
¿No te acuerdas?

ALF. (Despues de un momento de meditacion.)
Si; me acuerdo
de haber pisado do quier
que mi planta se asentaba
el honor que fiel guardaba
tras de la una otra mujer.
De escarnecer é injuriar

la que vencer no podia:
de haber jugado en un dia
mis creencias al azar.
De sostener mi pasion
y correr tras otra ciego,
haciendo mesa de juego
de mi mismo corazon.
(Breve pausa.)

FERN. ¿Ni una esperanza tan sola
te queda ya, Alfredo?

ALF. En vano
te cansas: solo mi mano
y el cañon de una pistola.

FERN. ¡Oh! muy digno pensamiento
del que como tú ha vivido!
¡Alfredo! ¿nunca has tenido
hácia el bien ni un sentimiento?

ALF. (Con excéptico desden.)
¿Hácia el bien... te estás burlando?
y qué es el bien para mí
si nunca le conocí?
¿no lo sabes ya, Fernando?

FERN. ¡No creí que tu corazon
á tanto habia llegado!

ALF. Estoy de vivir cansado,
pues me falta ya...

FERN. (Con creciente expresion.)
¡El perdon!
Perdon que encienda en tu alma
nueva luz á tu existencia,
á tu razon la creencia,
á tu corazon la calma.
¿Cuál es el noble destino
del hombre? ¿desconocer
hasta de su mismo ser
el poder semidivino?
Verter con mano cruenta
gota á gota la amargura,
sembrando la desventura
donde su planta se asienta?
¿Y morir desesperado
cuando ese placer se agota,

porque ha probado una gota
del dolor que ha derramado?
Mas... ¿qué importa ese dolor
si impuro el placer convida
á pasar feliz la vida
trizas haciendo el honor?
¿Qué importa que una mujer
nos demande hoy compasion,
si su mismo corazon
le desgarramos ayer?
¿Qué importa que, adormecida
en su regazo, inocente
una pobre niña aumente
la amargura de su vida?
¿Qué importa ya envenenar
de esa mujer la existencia
desgarrando su conciencia?
(Con triste sonrisa.)
¡Nada... preciso es gozar!
(Con ironia.)
Y al cansarnos... con decir
nuestra vida es ya un delirio,
damos término al martirio
dando término al vivir!
Y nuestro poder se inmola
al descubrir nuestra herida,
haciendo inferior la vida
al poder de una pistola!
Pues si en tu ciego delirio
crees que acaba ahí tu pena,
alza esa frente serena
y acaba con tu martirio.
(Presentándole una pistola de bolsillo.)

ALF. (Retrocediendo.)
¡Fernando!

FERN. ¡Qué! ¿tienes miedo?

ALF. (Queriendo coger la pistola: Fernando le detiene.)
¡Miedo yo!... si, si... es verdad;
me asusta la realidad,
y ante su influencia cedo.
(Breve pausa.)
Hace tan solo un momento

que la angelical presencia
de una niña... en mi existencia
clavó horrible pensamiento.
(Con horror.)
Ví... mi imágen en su frente,
y sin querer he pensado
una vez en mi pasado...
aterrándome el presente!
¡Sus caricias me negó
al quererla dar un beso!
desde entonces... lo confieso,
mi corazon se agitó.
El llanto que por su madre
con vivo dolor vertia,
que encerraba parecia
la maldicion á su padre!
¿Quién en mi amargo desvelo
podrá devolver la calma
que falta há tiempo en mi alma?
¿quién, Fernando, quién?

JULIANA. (Llamando dentro.) Consuelo.

ALF. ¡Ese nombre!... ¿es ella?

FERN. Si.

ALF. ¡Mi hija!
(Dirigiéndose al gabinete de Blanca. Fernando se interpone.)
¡Anhelo su perdon!

FERN. Para ir á esa habitacion
hay que pasar por allí:
(Señalando el despacho de D. Antonio; Alfredo, comprendiendo el pensamiento de Fernando, se dirige á él precipitadamente. Fernando queda inmóvil en medio de la escena, con los brazos cruzados. Momentos de silencio.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, despues DOÑA JULIANA.

Concluyamos de una vez,
todo su bien lo reclama.

(Toca la campanilla. Doña Juliana aparece por el foro.)

JULIANA. (Saliendo.)
¿Llama usted?

FERN. Desearia
hablar solo dos palabras...

JULIANA. ¿Conmigo? Cuando usted quiera.

FERN. No, no señora, con Blanca:
y si usted me hace el favor
de anunciarme...

JULIANA. Al punto.

FERN. Gracias.

(Doña Juliana entra en el gabinete. Breve pausa. Fernando pensativo.)

¡Triste situacion! ¡valor!
mi deber antes que nada.
Que á lo menos mi semblante
muestre en su aparente calma
la hermosa tranquilidad
que á mi corazon le falta.

JULIANA. (Saliendo.)
Aqui se dirige. (Se retira por el foro.)

FERN. Tiemblo
á mi pesar: ¡pobre Blanca!

ESCENA IX.

BLANCA, FERNANDO.

Blanca demuestra en su aparente serenidad la lucha que se agita en su corazon: al salir se esfuerza por sostenerse.

FERN. (Indicando el despacho.)
Alfredo en este momento...

BLANCA. (Con aparente serenidad.)
¡Todo lo comprendo! (Pausa.)

FERN. Yo...
partiré á la una.

BLANCA. ¡Oh!

(Cubre su rostro con sus manos y dá rienda suelta á sus comprimidas lágrimas: expresivos momentos de silencio. Fernando vuelve la cabeza para enjugar

tambien una lágrima. Blanca, volviendo algun tanto sobre sí, dice con dolorosa y apagada expresion.)

Si á mi triste sentimiento
cediera, Fernando, un dia,
reclamo á usted solamente
una lágrima inocente
sobre mi lápida fria.

FERN. ¡Blanca!

BLANCA. ¡Triste el corazon
antes pide á usté otra gracia;
¡no aumente usted mi desgracia!

FERN. (Con dolor.)
¿Qué quiere usted?

BLANCA. (Sin poder ya casi hablar.) Mi perdon.

(Todo esta escena sumamente despacio y sentida. Blanca queda anegada en llanto con la cabeza caida. Fernando de pie, á su lado, sumamente abatido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALFREDO, despues D. ANTONIO, luego CONSUELO.

ALF. (Sale del despacho y adelanta hácia Blanca con suma lentitud. Despues de una breve pausa.)

Blanca; su padre de usté
mis súplicas ha escuchado,
y su mano me ha otorgado.

(Blanca comprime un doloroso suspiro; despues logra aunque con trabajo sobreponerse algun tanto á su situacion. Fernando permanece inmóvil.)

Su inmenso dolor sabré
respetar. (Pausa.)
Mi pensamiento
un vano delirio fuera
si ante sus ojos quisiera
disculparme hoy: no lo intento.
Ciego en el inmundo lodo
de una vida corrompida,
sin límites ni medida,
he atravesado el período
de mi espantosa existencia,
hasta que un santo deber

ha despertardo en mi ser
un latido á mi conciencia.
Y hoy que del abierto abismo
me separa amiga mano,
hoy... que aun siendo mas humano,
me horrorizo de mí mismo,
pido á usted en su afliccion
que me permita lavar
esa mancha, y alcanzar
aunque indigno su perdon.
(Blanca le tiende la mano, que él besa con respeto: ella al sentir el beso se estremece involuntariamente. Sale D. Antonio.)
¡Oh! gracias, Blanca. Un pesar
acibara mi existencia...
conozco que mi presencia
la debe á usté atormentar.
(Con dolor.)
mi viaje retrasaré
lo menos posible.

FERN. (Acercándose á Alfredo.) No:
tú haces falta aqui.

BLANCA. (¡Ah!)

FERN. Yo...
de todo me encargaré.
Salgo á la una en direccion
á la Habana...

ALF. Me someto
á tu voluntad.

FERN. Prometo
que no tendrás ocasion
(Dándole la carta.)
de arrepentirte: ahi te dejo,
en dos líneas, compendiadas
mis órdenes reservadas,
una gracia... y un consejo.
(Vé á D. Antonio que, apoyado en su baston, habrá ido acercándose lentamen te.)

ANT. Conque al fin...

FERN. Si, general;
resuelta está mi partida

ANT. (¡Oh! tú te llevas su vida!

ya es incurable su mal!)

FERN. (La distancia y el deber
calmarán su triste anhelo!)

ANT. (¡Que premie Dios en el cielo
tu sublime proceder!)

(Blanca permanece inmóvil junto al velador: Alfredo pensativo al extremo opuesto.)

FERN. (Se aproxima á Blanca y la dice aparte con expresivo sentimiento.)
(Si por la pena embargada
recuerda usté un bien perdido,
no olvide usted que ha cumplido
una obligacion sagrada.)
(Pausa.)
(Blanca se apoya en el velador estrechando afectuosamente su mano.)
Adios.

ANT. (Contemplándole.) (¡Qué gran corazon!)
(Fernando se separa por fin de Blanca, que se deja caer en el sillon junto al velador: despues se dirige á Alfredo y le tiende la mano: este le abraza luego con verdadero afecto.)

FERN. (Á Alfredo.) ¡Recuerda bien mi consejo!
(Se dirige D. Antonio y permanecen abrazados algunos instantes.)

ANT. (Con paternal cariño.)
¡Recibe al fin de este viejo
la postrera bendicion!
(Fernando dedica su última mirada á Blanca, y se dirige á la puerta del foro, donde encuentra á Consuelo y la dá un beso: esta entra despues corriendo hácia Blanca.)

CONS. Mamá, ya sé la oracion
del navegante.

BLANCA. ¡Ah!

CONS. Juliana
me la enseñó esta mañana.

BLANCA. (Abrazándola con dolorosa pena.)
¡Hija de mi corazon!

CONS. (Enternecida.) No llores, que me haces mal.

BLANCA. ¡Oh! la cabeza se me arde!

ALF. (Leyendo la carta que le dejó Fernando.)

¡Se amaban!

(Dá la una en el reloj de sobremesa, marcando primero los cuartos muy lentamente.)

BLANCA. (Arrojando un grito y cubriendo su cabeza entre sus manos.)

¡Gran Dios!

(Momentos de silencio mientras dá el relcj.)

ALF. ¡Ya es tarde!

¡Por qué fuí tan criminal!

(Queda aterrado: Blanca permanece en la misma actitud. Consuelo vá corriendo hácia la ventana, dirige su vista al mar y se arrodilla delante de ella, levantando sus manitas al cielo. D. Antonio, desde la salida de Fernando, permanece inmóvil y abatido á un extremo, sentado en una silla.)

CONS. (Orando.) Señor, con tu omnipotencia
guia al pobre navegante,
y sé su fiel vigilante
en la horrible tempestad.
Y en sus penosos trabajos
cuando batalle su alma;
devuélvele ¡oh Dios! la calma
con tu divina piedad.

(Cae lentamente el telon.)

FIN DEL DRAMA.

y Marta.
en 1818.
lá vista de pájaro.
bre hojuelas.

y Blanco.
io se entiende, ó un hom-
mido.
a contra nobleza.
odo oro lo que reluce.

la.

ito de enmienda.
á rio revuelto.
la y por él.
eridas las de honor, ó el
ravio del Cid.
puerta del jardin.
so caballero es D. Dinero.
s veniales.
o y castigo, ó la conquis-
e Ronda.

onvido al Coronel!...
mucho abarca.
uerte la mia!
es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
de buena ley.
mas feo.

rina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.

enando.
Mariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
or.

hiller.
ctrino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
uta y en Marruecos.
n en la ratonera.
imo mono.
os de carnaval.
irio (drama lírico.)
tillon de la Rioja (*Música*)
conde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

ireccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcía	Hered. de Andrio
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijo
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.